

en la fuente no pueden ser purificadas, y las enfermedades del corazón son incurables.

Esto consiste en que el hombre sólo forma la filosofía especulativa, y la mujer forma la filosofía práctica. El hombre no tiene más que las ideas, y la mujer es quien tiene la acción, y aún la acción que ejerce por medio del hombre; porque, en efecto, el hombre obra generalmente por inspiración de la mujer, y con mucha frecuencia, por complacer á la mujer ó por no disgustarla, obra en contradicción consigo mismo, creyendo que obra por su voluntad.

§ III.— Poder de la mujer con respecto al error.— El hombre es quien lo engendra, pero la mujer es quien lo concibe y lo hace crecer.— Todas las falsas religiones y todas las herejías se han establecido por el concurso de la mujer.— La propagación del protestantismo y de la incredulidad moderna son obra suya.

Ved lo que sucede en materia de errores. Los hombres son indudablemente quienes los inventan, pero no se radican hasta que las mujeres toman parte en ellos, hasta que, pasando de las escuelas á las familias, pasan de los libros á las costumbres; y este pasaje es obra de las mujeres.

En el orden físico el hombre sólo contribuye por el acto pasajero de la generación al nacimiento del hombre. La mujer es quien lo concibe y lo lleva por espacio de nueve meses en sus entrañas, lo forma con su sangre, lo da á luz, lo alimenta con su leche y lo cria con sus cuidados. Lo mismo sucede respecto al error.

El error no es otra cosa que el pensamiento del hombre que abusa de su razón y pretende formarse á sí mismo su creencia y su ley. Cuando él ha formado este pensamiento culpable, procura hacer que pase al espíritu de la mujer. Esta es una especie de generación espiritual; porque el espíritu engendra lo mismo que el cuerpo, supuesto que el espíritu se reproduce en cierto modo en otro espíritu por la comunicación de las ideas, como un cuerpo vivo se reproduce en otro cuerpo vivo por la comunicación de su sustancia. Pues bien; si la mujer tiene la desgracia de consentir en esta generación espiritual, es decir, si tiene la desgracia de aceptar en su espíritu este error del espíritu del hombre, lo concibe ver-

daderamente en sí misma; y después de haberlo modificado á su manera por la fuerza de su imaginación, y de haberlo formulado por la precisión de su lenguaje, da á luz en la familia este monstruo, lo alimenta, lo desarrolla y lo hace crecer en ella. Y cuando el error se introduce de esta manera en las familias, por la influencia de la mujer, es cuando se hace social y público, y cuando de las costumbres pasa á las leyes, las cuales los sostienen, porque ellas están á su vez sostenidas por las costumbres domésticas, por la influencia oculta, pero omnipotente, de las mujeres.

El epicurismo antiguo, por ejemplo, llevado de Atenas á Roma, al principio no tuvo partidarios más que en los hombres, y sólo más tarde fué cuando las mujeres lo acogieron, y con mucho más ardor que los hombres, hasta el punto de no haber una mujer distinguida que no llevase la imagen de Epicuro pendiente de su collar y de sus brazaletes; hasta el punto de hacerse moda entre las mujeres ser epicúreas, y de que, mudando de maridos todos los años, contaban ya sus años por el número de sus maridos. Pues bien; mientras que la filosofía de Epicuro en Roma no salió de los umbrales de las academias ni fué más que un objeto de discusión para los hombres, no causó un gran mal. Pero cuando esta doctrina de la voluptuosidad se pegó como una peste á las mujeres, se encarnó en la mujer, se hizo mujer y por la mujer invadió la familia, entonces, y sólo entonces, fué cuando se extendió por todas partes, todo lo corrompió, todo lo manchó y produjo aquella espantosa corrupción de costumbres, que fué la verdadera causa de la caída del Imperio romano.

Todas las falsas religiones en los tiempos antiguos, así como todas las herejías, el protestantismo, y sobre todo el filosofismo en los tiempos modernos, se han establecido en el mundo por el concurso de las mujeres.

No hay secta alguna herética que no haya procurado ante todo asociarse á la mujer é iniciarla en sus errores.

San Pablo nos representa á los primeros herejes del Cristianismo procurando atraer á su secta á todas las mujercillas vanas, ligeras é impúdicas, y valiéndose de ellas para introducir y perpetuar en las familias sus funestas doctrinas: *Qui penetrant domos et captivas ducunt mulierculas oneratas peccatis, quæ decuntur vanis desideriis.* (II, *Timot.*, III.)



San Epifanio refiere que los gnósticos, en sus misiones por el Oriente en provecho de Satanás, iban siempre precedidos por una gran multitud de mujeres, tan notables por su belleza como por su desenvoltura y sus artificios; que ellas atraían los hombres á los desórdenes, y de este modo les preparaban á la pérdida de la fe; y que el mismo santo obispo se vió en peligro de caer en los lazos de aquellas sirenas del infierno. (*Contr. hæres.*)

Otras herejías hicieron tantos estragos en Oriente porque tenían el favor y la protección del poder imperial, y este favor y protección lo obtenían por medio de las mujeres. El arrianismo hizo allí tantas víctimas porque estaba apoyado en la corte por Basilina, esposa de Julio Constancio, mujer sin pudor, sin religión ni costumbres, y digna madre de Juliano Apóstata. Por medio de ella consiguieron los arrianos arrojar á San Atanasio de su silla de Alejandría, así como á los otros dos santos obispos, Asclepas, de Gaza, y Eutropio, de Andrinópolis. Por su cualidad de pariente cercano de esta princesa, tanto por la impiedad y la maldad, como por la sangre, fué por lo que Eusebio de Nicomedia, la cabeza y el alma de aquellos herejes, tuvo el poder suficiente para sostener aquellas horribles sectas y perseguir á los católicos. (Fleury, lib. XI.) Más tarde Eudoxia, aquel monstruo de avaricia y de libertinaje, la enemiga implacable del celo y de las virtudes de San Juan Crisóstomo, fué quien, aprovechándose de la nulidad de su débil esposo, protegió secretamente el partido nestoriano; y la mujer de Justiniano I, Teodora, aquella mujer sin pudor, á quien Procopio llamó el *azote del género humano*, fué quien sostuvo ante el Emperador la causa de los eutiquianos.

Todos saben el papel tristemente importante que la mujer representaba entre los montanistas, los priscilianistas, los donatistas y los arrianos, y en estos últimos tiempos aún entre los jansenistas. En el convento de las *Hijas de la infancia*, presidido por el abate de Saint-Cyran, era donde Port-Royal hacía imprimir todos sus libros; logrando tener por medio de estas *hijas* muchas adeptas entre las *madres*, y consiguiendo por medio de estas madres tener de su parte á muchos padres en el clero, en la academia y en el parlamento. (Véase la *Histoire des filles de l'enfance.*)

También el protestantismo, del que el jansenismo es un vástago degenerado, se estableció definitivamente en la mitad de la Europa

por el concurso de las mujeres. Al recorrer la Alemania Lutero y sus satélites con sus predicaciones cínicas, se dirigían ante todo á las mujeres, procurando remover el cieno que había en el corazón de las mujeres; y sólo en los pueblos donde las mujeres pudieron ver sin estremecerse á aquellos nuevos apóstoles, salidos de los jardines de Epicuro y desposados en el altar del incesto, con el anillo del sacrilegio y la bendición de Satanás; sólo en aquellos lugares donde las mujeres pudieron oír sin ruborizarse la apología descarada de la voluptuosidad, fué donde pudo establecerse el protestantismo. Sólo después que las mujeres lo aceptaron como el sistema religioso más conforme á sus costumbres actuales, fué cuando algunos eclesiásticos sin conciencia pudieron formar de él una religión, y los gobiernos sin pudor hicieron de él una ley de Estado. De modo que, como decía San Cipriano de los apóstatas de su tiempo, no fué el protestantismo quien hizo apostatar á tantos pueblos en la Alemania, ni quien los separó del Catolicismo; lo que hizo el protestantismo fué descubrir y probar que aquellos malhadados pueblos habían dejado mucho tiempo antes de ser católicos por el libertinaje de las mujeres.

Fué ciertamente un monstruo Enrique VIII, de quien se dijo: «No hubo mujer alguna cuyo honor no sacrificase Enrique á su lujuria, ni hombre que no sacrificase á su crueldad.» Pero los desórdenes de Ana Bolena y la ferocidad de Isabel excedieron con mucho los crímenes de su pretendido marido y padre. Ningun tirano hizo tantos mártires como Isabel, ninguna persecución contra la Iglesia fué más funesta que la suya, porque aquella horrible mujer, tan hipócrita como perversa, perseguía á sangre fría. En ella se abrigaba el genio de Nerón unido al de Juliano Apóstata. Enrique fué quien comenzó el protestantismo en Inglaterra por complacer á las mujeres y bajo la inspiración de las mujeres, pero Isabel fué quien lo afirmó. Ella fué quien, en un exceso de orgullo tan necio como impío, se hizo papa y tomó el nombre de *gobernadora suprema de la iglesia de Inglaterra en lo espiritual y en lo temporal.*

La mujer de la aristocracia, la mujer del pueblo y la mujer de la aldea no eran mejores entonces en Inglaterra que la mujer de la corte. El protestantismo, pues, se propagó tan rápidamente en aquel interesante país porque, habiendo debilitado la fe la relaja-



cion de costumbres de las mujeres de todas clases y condiciones, todas ellas, con muy raras excepciones, cedieron, cuasi sin combate, ante los caprichos brutales de Enrique VIII, ante la feroz hipocresía de Isabel y ante las farsas sacrilegas de Jacobo I, y porque, cediendo ellas las primeras, hicieron ceder al clero en masa (1); porque el clero no puede oponerse eficazmente á los estragos del error en un país donde la mujer abjura de él, y el protestantismo, aceptado en la familia por la mujer, acaba por hacerse aceptar de los hombres y apoderarse del Estado.

El mismo fenómeno histórico se repitió en la misma época en Suiza cuando Calvino se presentó allí con el decreto de la abolición del celibato eclesiástico en una mano y la ley del divorcio en la otra. Las costumbres de las mujeres y del clero eran horribles en ciertos cantones. La corrupción, desbordando por todas partes, habia penetrado en el santuario. Apenas se encontraban mujeres sin amantes, y aún en los mismos conventos se contaban á centenares las que habian sido madres. Así, pues, viniendo el nuevo Evangelio tan á propósito para sancionar tantos incestos sacrilegos y para asegurar una licencia ilimitada á las más fogosas pasiones, fué recibido en aquellos cantones con los brazos abiertos; y si la reforma de Calvino pudo sin mucho trabajo hacerse en aquel país la religion pública, fué porque se encontraba ya en el estado de religion secreta en la familia, por la desenvoltura y la desvergüenza de las mujeres.

Si el calvinismo puso el pié en el suelo católico de Francia fué por la impiedad y el libertinaje de Juana de Albret, que, aprovechándose de la indolencia de su esposo, abjuró el Catolicismo, lo arrojó de Bearn, sustituyéndole con el culto de Calvino por medio de la intolerancia más bárbara y más cruel. Todos saben que las horribles matanzas de Orthez y de Pau fueron obra suya.

Finalmente, si el filosofismo tuvo tanto séquito en Francia en el último siglo, fué porque las mujeres del pueblo y las de la alta sociedad se empeñaron en hacerse teólogas segun Voltaire, y filósofas

(1) De ciento cincuenta obispos que habia en aquella época en Inglaterra, sólo cuatro permanecieron fieles y sufrieron el martirio; todos los demas cayeron cobardemente en la apostasia. En 1793 en Francia, de un número casi igual de obispos, sólo cuatro apostataron, y todos los demas fueron mártires.

segun Rousseau. La manía y el fanatismo de las mujeres por aquellos dos hombres tan funestos, fué lo que contribuyó á la propagación de sus horribles doctrinas. La irreligion, en aquel siglo, no salió de las escuelas, sino de los salones. Los hombres la formularon en sistema, pero las mujeres la pusieron en moda, y de este modo la recomendaron y aún la impusieron á todas las clases. El club de Holbach tenia sus sesiones en los retretes, en presencia de las mujeres; era presidido por las mujeres, y no contentas ellas con inspirarlo y animarlo con su adhesión y con sus adulaciones, lo apoyaban en todas partes y aún en la misma córte; y bajo la sombra y la protección de la mujer causó tantos estragos en la Francia y aún en la Europa, con un desbordamiento tan horrible y una impunidad tan escandalosa (1).

Así, pues, la historia lamentable de la apostasia del Eden se ha repetido despues de seis mil años, y se repetirá continuamente en el mundo. Satanás, haciéndose serpiente ó haciéndose hombre, es quien inventa el error, y Eva, la mujer, es quien lo persuade, lo propaga y lo afirma.

Pero que no se ofendan las mujeres porque les hemos atribuido tanta parte en la propagación del error, pues en la segunda parte de esta obra les daremos una parte mucho más considerable en la propagación de la verdad. En ella, despues de habernos affigido por la consideración del mal que la mujer ha causado, nos alegra-

(1) «Cobardemente consagrados á la voluntad de la mujer, á quien deberiamos proteger y no servir, hemos aprendido á despreciarla obedeciéndola, y á ultrajarla con nuestros cuidados burlescos; y cada mujer de París reune en su habitación un serrallo de hombres, más mujeres que ella, que saben tributar á la belleza toda clase de homenajes, ménos el del corazón, de que ella es digna. Pero ved esos hombres encerrados en esas prisiones voluntarias, levantarse, volverse á sentar, ir y venir sin cesar á la chimenea y á la ventana, tomar y soltar cien veces un abanico, hojear los libros, recorrer los cuadros, andar arriba y abajo por el cuarto, en tanto que el ídolo, recostado sin movimiento en su silla poltrona, no tiene actividad más que en los ojos.» (Rousseau, en el lugar citado.) Ved aquí lo que, segun Rousseau, eran los salones de aquella época. Pero el autor de este cuadro se olvida de decirnos que aquella turba de imbéciles estaba compuesta de filósofos (y él era también de este número), y que ellos se indemnizaban de su innoble esclavitud á las mujeres con la protección que ellas concedían á la filosofía. Ha sido, pues, muy ingrato este filósofo en hablar con tan poco respeto de las mujeres de su tiempo, á las que él debe en gran parte el éxito de su filosofía.



rémolos por la consideracion del bien inménso que ella ha producido. Allí verémos que, si es cierto que por ella se ha establecido el error en los países donde reina, también lo es que por ella se ha conservado la verdad en los países donde se encuentra. Por otra parte, este pequeño cuadro del mal que la mujer ha causado y puede causar, lo hemos trazado por el bien de ella misma y por el bien de la Iglesia, para obligar á aquellos á quienes incumbe, á que dediquen toda su atencion á la instruccion religiosa de la mujer, y para mostrar cuánto se debe cuidar de su educacion, á fin de impedir que se convierta en esa levadura funesta de que habla el Evangelio, que es capaz de corromper toda la masa de la sociedad.

§ IV.— El cuidado especial que los más grandes hombres del Cristianismo han tenido de la mujer.— San Pablo, Tertuliano, San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, San Bernardo, San Francisco de Sales y otros muchos tomaron á su cuidado la instruccion de las mujeres.— La necesidad de convertir á la mujer si se quiere convertir al hombre.

Por esta razon todos los grandes hombres del Cristianismo han tenido gran cuidado de la educacion de la mujer. San Pablo, el primero y más sublime intérprete del pensamiento de Jesucristo, como San Juan lo fué de su amor, en todas sus cartas habla de la mujer con un cuidado especial, y se encarga de su instruccion. Él la sigue en sus diversos estados de *virgen*, de *esposa* y de *viuda*, y le enseña las obligaciones que debe cumplir, las virtudes que debe practicar, los escollos que debe evitar, los medios por donde puede santificarse á sí misma y á los demas, y edificar á los fieles en cada uno de esos estados. Él descende á los más minuciosos detalles acerca de lo que la mujer cristiana debe ser en las diversas condiciones en que puede encontrarse. Él tiene cuasi el mismo cuidado y muestra cuasi el mismo celo por la mujer fiel que por el obispo; porque, lo repetimos, la mujer católica es el obispo de la familia; ella debe ser para su familia lo que el obispo debe ser para su iglesia.

El apóstol San Pedro, en su primera carta (cap. III), fija también nuestra atencion sobre la mujer cristiana, y en pocas palabras revela su dignidad y marca sus deberes.

Á imitacion de los apóstoles, el gran obispo y martir San Policarpo, en la carta que dirigió á la Iglesia ántes de ir á sacrificarse por Jesucristo, dió una bella y sólida instruccion relativa á las mujeres; en ella hace ver que, segun su modo de pensar, de la conducta de las mujeres depende en gran parte la edificacion de los fieles y el bien de la Iglesia.

Tertuliano, en medio de las grandes luchas con los filósofos paganos y con los herejes de su tiempo, no se olvidaba de la mujer; él creia que no servía ménos á la causa del Cristianismo y de la Iglesia escribiendo largas é importantes obras para la instruccion de la mujer cristiana, que escribiendo su *Apologética* y sus *Prescripciones*. De él se conservan los tratados siguientes: 1.º DE LA CONDUCTA DE LA MUJER (*De habitu mulieris*); 2.º DE LOS ADORNOS DE LAS MUJERES (*De cultu feminarum*); 3.º DEL VELO DE LAS VIRGENES (*De velandis virginibus*); 4.º DE LA HONESTIDAD (*De pudicitia*); 5.º DE LA UNIDAD DE LAS NUPCIAS (*De monogamia*); 6.º DE LA EXHORTACION Á LA CASTIDAD (*De exhortatione castitatis*); y 7.º Á SU ESPOSADOS LIBROS (*Ad uxorem libri duo*), que contienen un tratado completo sobre la sumision, la dignidad y los deberes de la mujer cristiana. Estos escritos, tan notables por su fondo como por su forma, y en los que algunas veces el celo está llevado á la exageracion y el raciocinio hasta el error, nos prueban, sin embargo, que, en el concepto de su autor, la mujer lo es todo para la felicidad de la familia, para la edificacion de los fieles y para los progresos del Cristianismo.

Todos saben que el *Pedagogo*, de Clemente de Alejandría, no es otra cosa que el Verbo de Dios hecho Hombre, á quien el autor figura en este escrito instruyendo al hombre, que es su obra predilecta y forma sus delicias. Pues bien; todo el tercer libro de esta bella y sábia obra está consagrado á la instruccion especial de las mujeres que profesan la religion del Evangelio. El autor las llama á la escuela de Jesucristo, y les hace oír de su divina boca las más elevadas lecciones y reglas de conducta para todas las circunstancias de su vida.

San Cipriano, educado en la escuela de Tertuliano, á quien llamaba *el Mártir* (Hieron., *De Script. Ecclesiae*), no daba ménos importancia á la educacion de las mujeres; y al sentimiento de interés y de celo de que estaba animado por la dignidad y la satisfac-